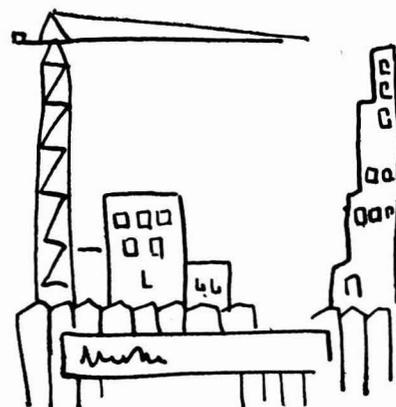
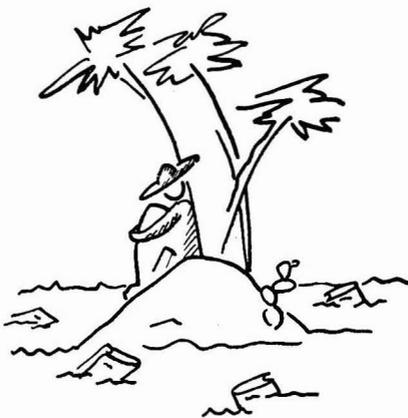


LA FERIA DE LOS DIAS



ESCARMIENTO SIMBOLICO

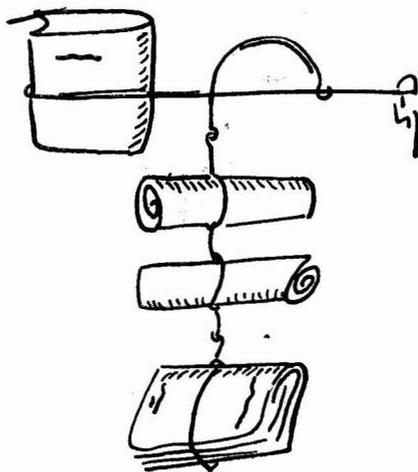
ES PLAUSIBLE que las autoridades de la ciudad de México promuevan concursos y otorguen recompensas para estimular la producción literaria entre nosotros. Pero tampoco estaría mal —e importaría, quizá, mayormente a la cultura doméstica— que vigilaran con mejor celo su propio lenguaje; sobre todo el que lleva al público los mandatos oficiales. Por ejemplo: esos letreros que abundan en las calles urbanas y que prohíben “estacionarse en ambas aceras”, o “en ambos lados”, constituyen grotescos bofetones a la lengua castellana, y deberían ser incinerados en un lugar notorio, para simbólico escarmiento de los funcionarios que así coadyuvan de una manera activa, con su sanción expresa, al envilecimiento del habla nacional.



cia y demás seculares y arraigados achaques? No faltará alguien que nos reproche jugar con las palabras. A veces, sin embargo, tales entretenimientos resultan sugestivos.

JUEGO DE PALABRAS

HAY OTRO letrero que nos ha dado qué pensar, aunque no por las mismas razones. Lo advertimos frente a los andamios de un edificio en construcción, y rezaba: “Una ciudad limpia es una ciudad sana”. Cierto. Nadie puede negar la obvia verdad de esa afirmación. Pero ¿no sería más honrado decir, invirtiendo los términos de la leyenda, que “una ciudad sana es una ciudad limpia”? Porque, en última instancia, ¿cómo vamos a exigir limpieza a un pueblo enfermo; enfermo, sí, de miseria, de ignoran-

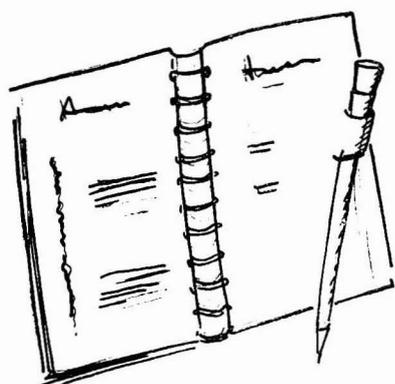


es que nos hemos ido convirtiendo en una isla dentro del mundo iberoamericano; y que no pocos lectores —ávidos en vano de una comunión eficaz— están pagando una culpa que no es de ellos. ¿Veremos prevalecer, en este aspecto, en un futuro no lejano, el interés del espíritu sobre los intereses (que en sí no discutimos) del estricto comercio?

DESCONOCIMIENTO

CLARO que el problema no termina allí. El intercambio de libros es sólo un renglón en el hasta hoy desatendido capítulo de nuestras relaciones culturales con la América española. Capítulo en el que hay mucho —casi todo— por hacer. Parece increíble, en efecto, que este puñado de naciones —fincadas en un mismo continente, con una historia casi común y estilos de vida tan afines— vivan indiferentes las unas a las otras; en recíproca lejanía, por regla general, en cuanto al pensamiento y al esfuerzo cotidianos. Pero justamente por eso, porque la situación exige que se abran nuevas ventanas, y no que se clausuren los escasos conductos habituales, precisa denunciar la gravedad de una medida que ha venido a privarnos del mínimo contacto. Al fin y al cabo, el libro es entre los vehículos superiores de la comunicación humana, el instrumento por excelencia, la cifra que resume y aproxima las ideas y las obras ajenas.

—J. G. T.



UNA ISLA

HAN PASADO los días, los meses y aun los años, sin que el problema del intercambio de libros entre México y otros países hermanos haya podido resolverse. Periódicamente se nos explican las dificultades, la naturaleza de los diversos obstáculos; no es nuestro ánimo poner en entredicho semejantes explicaciones. Estas, con todo, no reducen la magnitud del perjuicio. El hecho escueto

